

LA ORALIDAD*

Esteban Monsonyi

Introducción

En los últimos años, el término oralidad ha entrado en un uso cada vez más habitual, aun en sectores que anteriormente no habían manifestado mayor curiosidad al respecto. En este sentido se trata de una adición contemporánea a nuestro repertorio cultural y lingüístico, aunque por intuición se sabe que la oralidad es tan vieja como la humanidad parlante. De todos modos, conceptos tales como literatura oral, tradición oral, narración, lenguaje y discurso hablado, se han convertido en moneda corriente no sólo para los estudiosos de la cultura, del lenguaje y la comunicación, sino igualmente para la intelectualidad genérica más o menos consciente de los temas que maneja.

Hace pocos decenios, referirnos a la oralidad habría sonado posiblemente muy banal, quizá tautológico. Al fin y al cabo todo lenguaje articulado es en principio un **lenguaje oral**, al menos en la medida en que no se lo traslade a la escritura u otras formas de representación secundarias. Insistir en ese hecho hubiera sido resucitar al personaje del «Burgues Gentilhombre» de Moliere, Monsieur Jourdain, quien se dio cuenta después de adulto de que «hablaba en prosa». Para cualquiera parecía evidente que el lenguaje se compone de sonidos técnicamente fonemas los cuales a su vez se combinan en palabras constitutivas del signo lingüístico según la mejor tradición saussureana; mientras que las palabras se emplean como materia prima de la frase, de la oración y del discurso. De este modo, la idea de oralidad se convertía en mero sinónimo del lenguaje, o poco menos, sin ninguna utilidad para ciencia del hombre y la cultura.

* Tomado de **Oralidad** No. 8 (Habana-Cuba: Oralc/UNESCO, 1996/1997) pp. 15-21

En la actualidad, la situación ha cambiado radicalmente en múltiples aspectos. De un lado asistimos a un interés creciente por las numerosísimas culturas orales, cualitativamente distintas de las que utilizan normalmente la escritura, pero no menos importantes para la humanidad, sobre todo si se consideran en su conjunto: Miles y miles de culturas ágrafas frente a muy pocas que ha manejado la escritura.

Otro foco de interés reside en una nueva valoración mucho más positivas de lo que convencionalmente se llama la **tradición oral** dentro de las culturas que poseen igualmente su componente escritural, al cual la modernidad le ha prestado una atención poco menos que exclusiva a expensas de la palabra hablada. Después de largo tiempo en que se veía el habla normal de la gente como algo casi carente de valor y trascendencia, de repente se descubre su significado insustituible para la humanidad del presente y del futuro. En este planteamiento se desglosan dos vertientes: Una que reivindica una oralidad hasta cierto punto literaria, fuertemente codificada y convertida en bien colectivo o incluso el poder expresivo y comunicativo de la palabra hablada y enunciada en condiciones ordinarias de convivencia cotidiana, sin nada especial que le dé relevancia. En realidad no hay nada que convierta las dos tendencias en mutuamente excluyentes. Se trata simplemente de fenómenos orales que vale la pena estudiar por derecho propio, después de estar marginados durante largo tiempo por la ciencia oficial, aunque no por los antropólogos, folclorólogos ni otros estudiosos de la cultura popular, independientemente del nombre que utilicemos para designarla.

A tal punto no existe contradicciones alguna entra ambas orientaciones, que las mismas puedan combinarse en una nueva corriente que se ocupa de la conversión parcial de la palabra de uso cotidiano en un discurso marcado por valores más permanentes de orden social, comunicativo y estético. En efecto, no es solamente la tradición oral del pasado más o menos remoto la que actúa sobre las sociedades humanas; hay también una suerte de tradición contemporánea que se va forjado día a día y podrá permanecer o no durante algún período, pero mientras esté vigente su influjo societario será de una magnitud considerable. Así por ejemplo, en las culturas populares urbanas el narrador de episodios tomados de la vida real, de historias del presente que envuelven a todos los participantes, de chistes y anécdotas recogidos sobre la base de los comentarios al flor de labio, es un personaje por lo menos tan importante como el depositario de los cuentos e historias viejas, de tiempos de nuestros abuelos y de generaciones aún más distantes de nosotros. Hay pues toda una cultura oral contemporánea que nada desdice de la tradición, además de mostrar respecto de ella un sin fin de continuidades y rupturas fascinantes para el estudioso y llamativas aun para el observador bien especializado.

También debemos mencionar la presencia masiva y abrumadora de una **oralidad secundaria**, la cual viene dada por la acción de los grandes medios de comunicación, cuando no por la influencia retroactiva de la escritura sobre el desempeño oral. De esta manera la radio, el cine y la televisión nos abruma de un tipo de oralidad difícil de imaginar en siglos anteriores: Una forma de comunicación a través del lenguaje articulado que supone la presencia interesada de vastos auditorios pendiente de este tipo de discurso unidireccional. Se nos apabulla con un flujo de palabras que raras veces espera o admite respuesta alguna de parte del interlocutor, condenado a un papel de oyente pasivo. Otro ejemplo de oralidad secundaria lo constituye el discurso del profesor universitario -pesadamente libresco las más de las veces- el recital del declamador profesional, el mensaje del orador político, las conferencias de diversos tipos de personalidades con especímenes discursivos más próximos al lenguaje escrito que al propiamente hablado, cuando no conforman meros híbridos indefinibles. Si queremos ser consecuentes con nuestro planteamiento, la conversación típica entre integrantes de nuestra clase media -especialmente de la más intelectualizada- nos ofrece igualmente manifestaciones que se sitúan a mitad de camino entre una oralidad castiza de raigambre popular y el sociolecto típico de los libros y revistas que se ha desarrollado con la difusión de la lecto-escritura. Sea como fuere, vivimos inmersos en hechos de oralidad secundaria lo cual nos convierte en partícipes y protagonistas de un proceso que no puede dejarse de lado.

Luego de haber recorrido diversas variedades de expresión oral pasada y contemporánea, remota y próxima, propia y ajena, es tiempo de pasar a una conceptualización que nos permita hacer estudios cada vez más amplios y sistemáticos sobre las innumerables facetas de esta realidad tan significativa para todos nosotros. A los fines del presente trabajo al menos, la oralidad viene siendo el conjunto de usos culturalmente relevantes del lenguaje hablado, en tanto que diferentes u opuestos al lenguaje escrito, gestual, corporal o representado en imágenes u otras percepciones, además de relaciones con valores, actitudes y conductas que sólo se dan ante manifestaciones del lenguaje articulado y de viva voz, con exclusión parcial o total de cualquier otro sucedáneo que pretenda complementarlo o reemplazarlo.

Este intento de definición bien nos puede servir para situar la oralidad como hecho analizable y dotado de especificidad dentro del contexto sociocultural general. Mas ello nunca debe hacernos olvidar que la oralidad, como todo fenómeno, se da en concomitancia y relación más o menos estrecha con millares de otros fenómenos que encajan dentro de la misma totalidad. En condiciones normales es muy difícil desligar la expresión oral de la inflexión de la voz y del gesto en general, para citar un ejemplo obvio. Es poco frecuente articular en una forma gestualmente neutra, aunque en algunas sociedades pueda darse más fácilmente que en otra, como en numerosas culturas indígenas del Amazona donde la inhibición del gesto puede ser la norma cultural más aceptable en multitud de casos. Tampoco suele haber presencia gestual perceptible en la comunicación oral cuando ella ocurre en la

oscuridad, a gran distancia o cuando el cuerpo está ocupado en otros menesteres, por ejemplo, cuando se impulsa una canoa o se levanta una carga. Dicho en otra manera, la oralidad puede manifestarse en forma autónoma, sin el auxilio de otros aditamentos, lo cual basta para dar cuenta de su realidad analíticamente independiente; sin desconocer el hecho fundamental de que en material de cultura toda independencia es sumamente relativa, y hay que verla en última instancia bajo la férula de la totalidad. Para fines prácticos, lo mejor que podemos hacer es considerar como propio de la oralidad toda manifestación humana en que la misma ocupe un lugar relevante y destacado, por más que abunde concomitancias de otra índole. Por su puesto, tampoco estas pueden desestimarse en un estudio riguroso, exhaustivo e interdisciplinario.

Dentro de una visión más amplia de las culturas, nos resulta fácil asociar la oralidad con la música y el canto, con representaciones escénicas, con juegos y danzas, con reuniones, ceremonias y ritos sociales con el trabajo colectivo y a veces individual. No hace falta una pesquisa minuciosa para descubrir la inserción directa o indirecta de la oralidad en todos y cada uno de los actos humanos, incluidos el sueño y el cavilar silencioso. Si bien no se descarta la existencia del pensamiento puro sin el soporte del lenguaje en la minoría de los humanos que no han aprendido ningún idioma lo cierto es que la gran mayoría hablante utiliza profusamente las reminiscencias de su lenguaje oral en el transcurrir de su pensamiento.

De todo lo anterior se desprenden dos conclusiones aparentemente inequívocas:

- a) La oralidad constituye un sistema de códigos y mensajes analíticamente separables de su contexto y dotados al menos de una autonomía relativa;
- b) Dicha oralidad, a pesar de su amplio margen de independencia, se inserta de manera directa o indirecta en la totalidad o casi totalidad de los hechos humanos, con los cuales interactúan constantemente, dando origen a una influencia mutua y creativa.

Réstanos en esta introducción referirnos a un concepto ya tocado al principio de este ensayo que recibe generalmente el nombre de «literatura oral». Para algunos especialistas -Walter Ong entre ellos- dicho término o conjugación de términos es enteramente arbitrario y desparatado. Ellos se basan en el carácter necesariamente escrito que a su juicio debería revestir toda producción literaria, a menos quizá que utilicemos esa palabra en forma excesivamente imprecisa y metafórica. Considerando que lo literario se basa y tiene que basarse en «letra», la cual implicaría escritura.

Pensamos sin embargo que tal razonamiento etimológico posee sólo un carácter aproximado y analógico, a tal punto que a veces no contribuye en nada a la solución de los problemas reales bajo escrutinio, sino que tiende más bien a confundir y pervertir los hechos. En primer lugar «littera» no significa únicamente «letra» en latín, puesto que es una nominalización del verbo «lino» que equivale a «ungir» o «embadurnar»; por consiguiente, «littera» puede ser el referente de una marca producida por un unto o pintura. Por otro lado, sin despreciar las lógicas e innegables diferencias existentes entre un cuerpo de textos escritos es -decir, fijos, permanentes, visibles, inalterables- y un cuerpo de textos puramente orales -es decir, transmitidos por la memoria invisible, alterables, de emisión repetible y dinámica- estamos frente, en ambos casos, a un conjunto de manifestaciones creativas del lenguaje humano que toman forma en un cúmulo de mensajes culturalmente válidos y a veces estéticamente marcados. Si bien no es intención nuestra cerrar el debate al respecto, nos parecería terriblemente deformante de las múltiples culturas confinar la capacidad de crear literatura únicamente a las culturas gráficas, dejando de lado la mayoría ágrafa o semiágrafa que por largos milenios ha venido perfilando el desenvolvimiento del hombre en el planeta.

Resumiendo, en nuestro uso es «literatura» cualquier conjunto de textos de suficiente relevancia sociocultural que forme parte del patrimonio cognitivo y afectivo de un grupo humano determinado, y sea transmitido de generación en generación en forma ininterrumpida aunque sujeta a cambios diacrónicos. En este contexto parece secundario si tal material es oral o escrito.

La Oralidad en la Multiplicidad de Lenguas y Culturas

Insistiremos ante todo en una verdad harto conocida pero muy mal comprendida en nuestra época: El desenvolvimiento mayoritario de la humanidad ha sido exclusiva o predominantemente oral hasta comienzos del siglo XX. No tomar en cuenta esta realidad es introducir un elemento serio de distorsión en la historia. No cabe duda de que nuestra administración, justificada pero crítica, por la escritura como conquista intelectual ha contribuido mucho a tergiversaciones que resulta difícil corregir.

Nuestra propia memoria colectiva atestigua que hace apenas 100 años la mayoría de los habitantes de todos los países sin excepción ignoraban o poco menos la lecto-escritura; si usamos un término insustituible aunque algo peyorativo, eran analfabetos. Por más que en los países dominantes existiesen escuelas, liceos, universidades y academias de toda índole, el acceso a estas instituciones de educación formal y especialización en algún campo del conocimiento, era absolutamente elitico.

Si esto ocurría en los países occidentales que para esa época pretendían monopolizar la ciencia, el arte, y el conocimiento universal, ¿cómo podríamos caracterizar la situación del grafismo en el resto del mundo? Las llamadas culturas orientales -la árabe musulmana, la china, la india, la japonesa, la coreana, la malayo-indonesia, y algunas más- si disponían, es verdad, de sistemas de escritura con tradición milenarias. Pero su uso estaba aun mucho más restringido que el de la escritura de los pueblos occidentales y otros bajo su influencia. En el resto del mundo existía para esa fecha -recuérdese que nos ubicamos alrededor del año 1900- un sinnúmero de culturas netamente orales o sólo recubiertas de un barniz escritural sumamente tenue. Entre tales configuraciones culturales contamos la mayoría de las africanas, muchas de las asiáticas y la casi totalidad de las de Oceanía aborigen y América indígena. Según esto el mundo se componía de una minoría de culturas solo parcialmente gráficas que eran las dominantes, con fuertes tendencias colonizadoras e imperialistas, una proporción mayor de culturas semi-ágrafas y una vasta mayoría de culturas propiamente ágrafas.

En el presente la situación se nos presenta de otra manera muy distinta, aunque no deja de haber una importante continuidad histórica respecto del pasado próximo y aun del más remoto. La descolonización del mundo ha llevado a la creación de muchos países nuevos políticamente independientes, si bien culturalmente aún sujetos a un férreo europocentrismo, salvo contadas excepciones. Todos estos países soberanos utilizan la escritura para fines oficiales instituciones y de expansión económica y sociocultural, incluidas por supuesto las relaciones internacionales. Hay Estados carentes de idioma oficial propio sobre todo en el continente africano pero sería inconcebible pensar en un solo que funciones sin escritura, aunque esta se presente a través de los medios lingüísticos del inglés, francés, portugués, español, holandés u otro idioma colonial. Lo que ha sucedido es simplemente la conversión de la antigua lengua invasora en el nuevo idioma oficial de ciertos Estados independientes, al menos hasta la fecha en que reivindicquen sus idiomas propios nativos.

Es innegable que este proceso de descolonización, surgimiento de nuevos estados y generalización de lenguas escritas propias o ajenas, ha conducido a la minusvalía y a una mayor opresión de la inmensa multitud de culturas propiamente ágrafas, la mayoría de las cuales siempre has sido netamente minoritarias es decir, poseídas por un pequeño número de seres humanos. Este es un hecho de carácter general pero al tratar de analizarlos por continentes y regiones, nos topamos con diferencialidades muy marcadas. En el continente europeo existen lenguas y culturas minoritarias y una serie de dialectos regionales de las lenguas oficiales que sirven de soporte a culturas de magnitud análoga, cuyo conjunto se enmarca de alguna manera en los parámetros generales de la cultura occidental, si esta se considera con cierta amplitud.

En el continente asiático la mayoría de las culturas minoritarias, aun las propiamente ágrafas, están bajo la égida de las culturas orientales mayoritarias, sin contar el influjo creciente de la modernidad occidentalizante. Se da una realidad netamente similar para la parte septentrional del Africa, de fuerte influencia musulmana y árabe. En el Africa negra la situación se perfila algo diferente, ya que en buena parte de sus países se percibe una confrontación muy aguda y de difícil solución entre una modernidad post-colonial ligada a las grandes capitales y centros urbanos, y las fuertes pero cada vez más vulnerables culturas étnicas de las vastas extensiones rurales, las cuales mantienen sus idiomas propios con gran vivacidad aun a pesar de que pocos de ellos pueden aspirar un estatus oficial. Con todas estas limitaciones, Africa sigue siendo un gran reservorio de culturas tradicionales muy originales y basadas en una oralidad solo recientemente tocada por la escritura. Oceanía como continente, comparte esta misma característica, pero con un influjo euroamericano mucho mayor.

En lo que respecta al continente americano, las contradicciones entre oralidad tradicional y modernismo agresivo y acaparador son tan evidentes a la vez que difíciles de sintetizar, que merece la pena explayarnos en algunos detalles aun en una presentación tan somera como esta. En nuestro continente sobreviven contra viento y marea un amplio número de culturas indígenas o amerindias, muchas de las cuales conservan tenazmente su idioma, casi siempre oral y carecen de reconocimiento oficial. Como es ampliamente conocido, las culturas amerindias han sido sometidas a mayor presión que las mismas africanas, ya que la imposición creciente de las lenguas y modelos culturales europeos data del propio siglo XVI. Sólo en contados países como Guatemala, Bolivia, Ecuador y Perú, la presencia indígena es algo más que minoritaria, aunque el dominio hispánico oficial se manifiesta aun allí con mucho vigor. Tenemos el caso particular del Paraguay con un bilingüismo hispano-guaraní muy extendido en el seno de su población mestiza, ya que los indígenas étnicos son muy pocos y no todos guaraní-hablantes: En el presente contexto nos interesa recalcar que el guaraní es aún una lengua eminentemente oral. En el Caribe y en importantes enclaves de Norte, Centro y Suramérica se conservan culturas negroamericanas cuyo lenguaje propio es a menudo un idioma criollo de base sintáctica africana, con un léxico tomado del inglés, francés, español, portugués u holandés. La compleja situación americana se ve matizada también por la presencia de culturas regionales de habla española o portuguesa que siguen conservando un componente muy significativo de oralidad. Se trata de los campesinos latinoamericanos aún relativamente aislados de la contemporaneidad cosmopolita.

En lo que resta del presente ensayo, nos ocuparemos únicamente de las lenguas y culturas netamente orales o sólo recientemente provistas de escritura. Nos limitaremos, en lo fundamental, a las culturas minoritarias de Africa, Oceanía

y América. Dejaremos para otra ocasión el tratamiento de la oralidad dentro de sistemas culturales más marcados por la escritura como son los de Europa, la mayor parte de Asia y las partes de América y Oceanía colonizadas con población europea trasplantada, o en todo caso fuertemente influida por pautas occidentalizantes.

Al referirnos a las culturas tradicionales caracterizadas por una oralidad primaria -desconocedora de la escritura- nunca se puede olvidar el enfrentamiento a una cantidad de creencias, mitos y prejuicios totalmente erróneos, si bien frecuentemente revestidos de ropaje científico. Para la opinión pública mundial todas estas sociedades continúan siendo primitivas, salvajes, atrasadas, incivilizadas, pobres en manifestaciones culturales, virtualmente carentes de lenguaje articulado, y en suma condenadas a desaparecer. Dentro de un encuadre de tal naturaleza sería bien difícil hacer resaltar los valores de la oralidad en estos pueblos. Sin embargo, durante las últimas décadas y gracias a las investigaciones antropológicas, sociales y humanística, ha habido un acercamiento notorio a este mundo de valores reprimidos y negados en nombre del desarrollo, del progreso y de otros ídolos contemporáneos.

Muy afortunadamente, conceptos como el de «primitivo» están perdiendo terreno velozmente, no sólo gracias a la cantidad y calidad de las investigaciones sobre culturas no occidentales, sino por la misma oposición de los pueblos discriminados, quienes ya no toleran seguir siendo objetos de una manipulación verbal basada en el racismo, la ignorancia y la intolerancia. En más de una ocasión hemos sido testigos de verdaderos escándalos, cuando algún pretendido occidental pronunciaba palabras como «primitivo» o «incivilizado» en presencia de africanos, oceánicos o amerindios. En un mundo donde se dan contactos entre todos sus pueblos, tales patrones de pensamiento colonista no podrán sostenerse impunemente por mucho tiempo.

Con la documentación que poseemos, es evidente que todos los pueblos del mundo exhiben líneas de desarrollo sociocultural suficientemente ricas y complejas para ser considerados no solamente como «cultos» sino incluso como portadores de civilizaciones específicas distintas de la occidental. Por otra parte, la llamada civilización industrial o post-industrial no es más, para la gran mayoría de sus portadores que una capa superpuesta de valores, conductas, técnicas y procedimientos que no se interrelacionan en forma coherente, ni tampoco engarzan con las tradiciones históricas más profundas, siquiera de los propios pueblos donde surgieron los primeros atisbos de la industrialización contemporánea. La prueba está en que cualquier individuo medianamente inteligente es capaz de disfrazarse de «ciudadano occidental, cosmopolita y adaptado a la modernidad» con sólo pasar seis meses en un centro urbano de grandes proporciones como New York,

Paris o Moscú, aún sin dominar el idioma respectivo. Lo contrario, sin embargo, no es tan cierto: ni a un antropólogo experimentado le resulta fácil insertarse armónicamente en una comunidad tradicional ni pasar inadvertido entre sus miembros.

Otro de los prejuicios corrientes que se esgrimen frente a los pueblos de oralidad tradicional es el carácter supuestamente conservador de sus culturas. Incluso se ha llegado a afirmar que lo oral es intrínsecamente conservador frente al carácter progresivo y progresista de lo escrito. Los argumentos que puedan aducirse para sustentar tal criterio parecen bastante endeblés. Puede hablarse de la necesidad de memorizar la tradición oral a fin de transmitirla a las generaciones venideras sin mayor alteración. Pero nadie obliga a una población determinada a dejar su tradición intacta ni estática. Siempre ocurren cambios de cierta monta aun en el lapso de pocas generaciones sucesivas. El hecho de que la tecnología no crezca o se amplíe espectacularmente no es razón suficiente para suponer que la parte no material de las culturas deje de sufrir alteraciones de interés para el observador.

Podríamos valernos incluso de un contraargumento. Es nuestra experiencia inmediata que «lo escrito, escrito queda», es decir, una vez que se haya fijado un texto por escrito ya no es fácil alterarlo en ningún sentido. En cambio, lo oral suele admitir modificaciones, ya que no son escasos los pueblos que poseen textos orales enteramente rígidos -prácticamente congelados- para fines litúrgicos y similares. Sabemos hace tiempo y -Levi Strauss ha insistido mucho sobre el particular- que hasta los mitos más estandarizados tienen sus numerosas versiones a veces irreconciliables, a tal punto que una sola persona llega a contar más de una variante según sus gustos y necesidades.

Es corriente encontrarnos en comunidades ágrafas, que el texto cuidadosamente recogido y ajustado a otros indicadores culturales que posee el investigador sea no obstante rechazado por los miembros nativos de la misma cultura, con la frase desdeñosa de que «esta es tu manera de narrar la historia, nosotros tenemos la nuestra»; pero también se da por razones análogas el «fetichismo de la letra»: Así que al menos a este respecto la oralidad y la escritura no tienen tanto que reprocharse mutuamente. Nos permitimos anotar aquí la anécdota de que el yaruro -de los llanos venezolanos- que colaboró en nuestras investigaciones malinterpretó la locución española «por escrito», pronunciándola «por Cristo» y aludiendo de cierta manera al carácter algo esotérico y sagrado que para él tenía la escritura.

Ahora bien, se es verdad que circulan muchas falsedades acerca de la diferenciación entre lo oral y lo escrito, la oralidad sí presenta características propias y específicas que lo confieren una dimensión muy peculiar y *sui generis* en el contexto de cualquier cultura. La oralidad ante todo que llamamos primaria se fundamenta en el intercambio verbal directo entre las personas, en la existencia

de grupos humanos pequeños que se comunican sin mediación alguna, en el diálogo directo y sutil en que se esperan respuestas, comentarios, rectificaciones y hasta la ironía con toda su escala emotiva. Es ridículo pensar que la escritura y otras formas secundarias de comunicación verbal o no verbal puedan reemplazar jamás la oralidad como mecanismo primordial de contacto entre los seres humanos y como vía de acceso expedito para provocar una modificación en la conducta del prójimo.

Nadie osaría negar que la escritura sea posterior a la oralidad; lo que no cabe aceptar es que la consideramos superior por ser posterior. La prueba está en el sinnúmero de variadísimas culturas orales y semi-orales, las cuales -pese al pronóstico fúnebre de los partidarios más recalcitrantes de la modernidad,- ni se han muerto ni están dispuestas a dejarse avasallar. Vale la pena agregar que en las culturas ecológicamente limitadas a pequeñas dimensiones y poseídas tan solo por un puñado de personas, la utilidad de la escritura sería altamente discutible. Como existe comunicación muy fluida y abierta entre los individuos así como entre las generaciones, no parece evidente el beneficio que la comunidad lograría con el aditamento del lenguaje escrito. En tales ámbitos, la población en su conjunto posee la casi totalidad de sus códigos referentes a los aspectos materiales y no materiales de su cultura, es decir, tiene internalizado todo lo relativo a la organización social y económica, a la tecnología, a la etnociencia, a las normas de convivencia, a la cosmovisión y concepciones trascendentes, a las fórmulas de creación estética. Nunca está de más codificar por escrito tal conjunto de informaciones, normas, valores y procedimientos, pero la experiencia nos demuestra que las culturas no expansivas han podido prescindir de tal reformulación sin sufrir graves daños en su integridad.

Hoy en día la situación se nos presenta muy distinta, dado que las culturas minoritarias han entrado en contacto irreversible con las grandes configuraciones culturales de extensión continental y planetaria. Para los pequeños pueblos del mundo comenzó hace algún tiempo la época de la aculturación y la deculturación, vale decir, la aceptación a veces compulsiva de realidades culturales foráneas y extrañas a su propio ser, así como el desgaste y pérdida de elementos cada vez más numerosos e importantes de su propio acervo cultural irremplazable. Dentro de tal proceso el papel del aprendizaje de la lecto-escritura y de la escolaridad formal puede definirse hasta ahora como perverso, en vista de su responsabilidad por la destrucción y desintegración de las culturas tradicionales, así como por su occidentalización y homogeneización rápida, crítica y violenta.

Es obvio que la escritura está invadiendo las culturas ágrafas de manera indetenible y cabe agregar que hasta la fecha sus efectos han sido más bien perniciosos. Pero no sería razonable caer por ello en actitudes pesimistas y plañideras, sino tratar de orientar el fenómeno de la escritura en beneficio de las mismas culturas que hoy en día sucumben ante su poder omnívoto e indescifrable para el hombre aborigen. Ya es tiempo de poner la escritura al servicio de la

interculturalidad, del diálogo horizontal e igualitario entre culturas, pues ninguna de ellas debiera pretender el marginamiento de la exclusión, el aniquilamiento de las obras. Queremos una escritura que sea complementaria a la oralidad, no su enemiga impertinente. Afortunadamente están surgiendo hechos que demuestran la posibilidad de tal interculturación armónica, en la cual cada cultura estaría en disposición de aprender de todas las demás, no tan solo brindarles enseñanzas a veces no perdidas.

En la actualidad, los miembros de las culturas netamente orales están exigiendo su ingreso al mundo de la escritura, guiados por el principio de que en esta época ya es imposible que las sociedades y configuraciones culturales sigan permaneciendo aisladas entre sí, autocráticas y autosuficientes. Ojalá que ese encuentro no signifique solamente la destrucción de los más débiles por los más poderosos, sino un enriquecimiento recíproco que mantenga y refuerce las personalidades colectivas que aún atesora la humanidad.

Nos toca ahora volver la mirada a otro tópico relacionado con la oralidad tradicional: La significación del mito dentro de la oralidad y la literatura oral. Es bueno aclarar esta relación, ya que hay aún muchas personas que confunden oralidad y literatura oral con mitología. Es verdad que los mitos forman parte conspicua, incluso privilegiada, de todas las literaturas orales tradicionales, y de la base oral de las literaturas escritas que se han dado desde el comienzo de la escritura hasta hoy. Nadie podría negar la significación simbólica, arquetípica, colectiva y ritual de los mitos de origen y transformación de los seres, que forman el cimiento de complejas cosmogonías y concepciones tradicionales de los pueblos.

Pero nada de esto justifica la creencia de que se vea el acervo literario oral de un pueblo como una colección de mitos. Junto al mito hay siempre otros géneros literarios como por ejemplo los cuentos, las historias, las leyendas, las epopeyas, las anécdotas, los poemas, las baladas, los proverbios, los refranes, las frases hechas, las oraciones, los ensalmos y otros tipos de discursos imposibles de clasificar en forma global sin tomar en cuenta la especificidad de cada literatura oral particular. La riqueza de las literaturas orales no puede subsumirse en un solo género, por importante que este sea como constante cultura de la humanidad. Además el mito no se agota ni remotamente en sus cualidades literarias, ya que constituye un objeto de estudio interdisciplinario para la etnología, la psicología social, el psicoanálisis, amén de la propia ciencia de la mitología.

Hay que confrontar también el prejuicio muy arraigado de que los textos de literatura oral provenientes de la mayoría de los pueblos ágrafos suelen ser extremadamente cortos, concisos, poco desarrollados en su forma y contenido, hasta rígidos e hieráticos. Tal equívoco obedece al hecho de que anteriormente la

recolección se hacía con técnicas extremadamente rudimentarias, ordinariamente por parte de personas desconocedoras de la lengua nativa que trataba de transcribir al pie de la letra, sin conseguirlo jamás. El propio narrador se cansaba también de la operación, por lo cual reducía su material al mínimo y simplificaba sus construcciones morfosintácticas hasta el límite de la tosquedad. Otras veces el investigador se limitaba a recoger material en su propia lengua occidental, y para ello se fiaba de intérpretes frecuentemente inadecuados. Hoy en día, el uso de la grabación, el prolongado trabajo de campo del investigador y el entramiento de los nativos en la escritura de su lengua, posibilitan la obtención de textos mucho más fieles, largos y complejos, lo cual aumenta generalmente tanto su valor literario como meramente informativo.

En las literaturas orales predomina nítidamente la prosa sobre el verbo, en lo concerniente a la elocución de los textos. Cuando hay un intento de versificación, ésta suele ir apareada a las frases musicales -melódicas y rítmicas- de algún canto puramente vocal o acompañado de instrumentos. En tales casos tratarse de versos no enteramente esquematizados que se caracterizan por tener un número parecido de sílabas, el empleo de paralelismos, aliteraciones, adornos, símiles metáforas y otros recursos poéticos. La métrica propiamente dicha con sus medidas silábicas, acentos fijos y rimas se da abundantemente en la poesía oral euroasiática, pero no parece ocurrir lo mismo en los otros continentes, donde el predominio del verso libre es absoluto.

Los textos literarios orales pueden enunciarse en forma improvisada, semi-improvisada, repetitiva e incluso rígida y textualmente repetitiva, como ocurre en la poesía oral euroasiática o en los textos rituales polinesios y muchos otros. Ellos dependen, aparte del carácter específico de cada cultura, también del tema que se va a verbalizar. Los temas muy tradicionales desarrollan rápidamente una verbalización estática y poco maleable; en cambio los temas surgidos de la vida espontánea y, sobre todo, a partir de acontecimientos recientes, necesitan de la improvisación para poder manifestarse. Cuando se improvisa sobre un tópico muy conocido, los textos resultantes obedecerán hasta cierto punto a una estructura compartida, lo cual revela su unidad formal subyacente.

Existe también una literatura oral propia de la aculturación, muy abundante y variada en los pueblos tradicionales que han entrado en contacto recíproco con sectores de la sociedad dominante. En los últimos años ha tomado gran auge la recolección y estudio de los testimonios de lo cotidiano, historia de vida, al igual que los textos descriptivos de diversos aspectos de la cultura nativa de cada pueblo.

Otro hecho en el cual hace falta insistir -ya que en general tiende a

subestimarse- es la íntima ligazón entre oralidad, gestualidad, música, danza y otras técnicas del cuerpo. A veces la separación que podemos hacer obedecer más a razones analíticas y disciplinarias que al verdadero fenómeno observado y observable, el cual se nos presenta en forma integral y virtualmente indisoluble. Tal ocurre por ejemplo en muchos bailes rituales como el yaruro, donde la improvisación oral no es sino uno de los componentes de la ceremonia, aunque puede ser el fundamental, dada su referencia explícita al mundo mítico y religioso del más allá.

Hay que saber distinguir también entre la literatura oral y oralidad literaria, y la oralidad no marcada por rasgos distintivos de carácter estético ni por otros valores de ciertas transcendencia. La lingüística actual está dedicando mucha atención al estudio del discurso, al análisis textual y contextual, a la pragmática y fraseología de todas las lenguas vivas. Todo esto forma parte de la oralidad, aun cuando sólo una pequeña parte de los textos procesados puede ser considerada como literatura.

De cualquier modo, es difícil si no imposible trazar una frontera entre literatura oral y oralidad pura y simple. Recordamos personalmente haber asistido a la grabación de un monólogo coloquial enunciado por un chamán yekuana -del Amazona venezolano- muy experimentado y de gran prestigio. Se le pidió que simulase entablar en su lengua una conversación con sus familiares, como si regresara a su casa luego de un día de cacería accidentada. Todos pensamos que el chamán articularía unas cuantas frases artificiosas e inconexas. ¡Cuál no sería nuestra sorpresa cuando nos tocó oír una larguísima y fluida exposición improvisada en lengua yekuana, ejecutada con el ritmo y la cadencia de toda una pieza oratoria. Tales hechos demuestran que la literatura oral es capaz de surgir del seno de la cotidiana aparentemente más convencional y en el momento menos esperado. Puede suceder inclusive que algo percibido como prosa llena por el nativo sea captado como literatura por un observador perteneciente a otra cultura. De todas maneras, ningún nativo codifica los aspectos presuntamente literarios de su cultura de la misma forma como la haría, por ejemplo, un occidental. Pero no es cierto que el indígena sea incapaz de analizar su componente cultural de oralidad estética, aunque lo haga a su manera muy peculiar.

Hasta ahora nos hemos referido a formas de oralidad primaria, las cuales son normales e históricamente presentes en todos los pueblos tradicionales. En años recientes, sin embargo, también ha surgido en estos mismo pueblos formas de oralidad secundaria. Ya no reviste mayor dificultad grabar y radiofundir conversaciones, narraciones, canciones o cualquier otro material oral aun en las lenguas más distantes y menos habladas de la tierra. El efecto que esto produce en las comunidades es todavía exiguo, pero podrá incrementarse con el tiempo,

sobre todo en programas de educación intercultural bilingüe o de revitalización lingüística, donde es menester ofrecerles buenos ejemplos de dicción, composición y estilo oral a los niños y jóvenes que están perdiendo la lengua autóctona por influjo de una aculturación inarmónica.

Finalmente nos toca señalar en este capítulo, aunque sea muy peso, la significación de la enorme multiplicidad y diversas de las lenguas del mundo para efectos de la valoración de la oralidad como posesión universal del ser humano. Cada idioma es un mundo en sí mismo, un código hipercomplejo, contentivo de otros códigos parciales que se refieren a todo tipo de manifestaciones del lenguaje humano y en primer término a las múltiples variedades de la oralidad primaria, objeto principal de nuestro análisis. Es de la mayor importancia comprenderla riqueza exuberante e insustituible de cada sistema lingüístico, a través de sus categorías fonológicas, morfosintácticas, lexicosemánticas, pragmática y discursivas. Las relaciones entre lengua y cultura en una sociedad determinadas has sido objeto de múltiples y valiosos estudios, especialmente a partir de la hipótesis Sapir-Whorf que puede formularse como determinismo lingüístico sobre la cultura.

Hoy en día somos mucho más cuidadosos; para no plantear relaciones de tanta complejidad en términos tan simplistas y unívocos. Sabemos perfectamente que existen condicionamientos mutuos entre lo lingüístico y extralingüístico, algunos de los cuales van siendo: Materia de investigaciones empíricas precisas. Para citar un ejemplo sencillo, la existencia de indicadores específicamente narrativos en lenguas como el wayú o guajiro (Venezuela y Colombia), el swahili (África Centro-Oriental). El hebreo bíblico y muchas otras, pueden prestar al estilo narrativo una plasticidad especial difícil de conseguir en otras lenguas, mediante otros recursos. Los idiomas -como el baniva y el tupí (Venezuela, Brasil y Colombia)- que no han desarrollado la categoría gramatical del tiempo confieren a sus mitos y narraciones una profundidad temporal rayana con la eternidad y tributaria del comienzo de los tiempos. Siempre hemos sostenido que la primera gran obra literaria de toda cultura autónoma es el idioma en el cual ha sido formulado el conjunto de textos que constituyen su acervo, patrimonio común de toda la humanidad.

Oralidad y Escritura

Contrariamente a lo que se cree, es difícil establecer una clara dicotomía entre la escritura y los sistemas de representación anteriores a su surgimiento: En otros términos, entre escritura y no-escritura, o sea entre la escritura y algún sucedáneo que pretenda reemplazarla. Históricamente, la escritura va surgiendo por etapas a partir de figuras pictóricas o de ídolos parecida que sirve de ayuda a

la memoria para recordar ciertos objetos, ideas o tareas. Es relativamente fácil distinguir una escritura elaborada de lo que sólo es un intento recordatorio sin pretensiones de precisión o fidelidad al referente original. Lo que es realmente difícil es reconocer el carácter escritural o no de ciertas elaboraciones intermedias como son los petroglifos, los quipus o nudos incaicos y, sobre todo, las pictografías al estilo de las empleadas por los indios norteamericanos. Como si esta ambigüedad fuera poca, parece problemático deslindar la representación pictográfica de la ideográfica, tal como esta última existe hace milenios en la cultura china.

Es conveniente decidir que existe escritura propiamente dicha a partir del momento en que cualquier lector interpreta inequívocamente y sin ambigüedad -o con ambigüedades mínimas- la secuencia fónica propuesta por el autor de la representación gráfica. Por ejemplo, cuando el «escritor» representa la serie fónica «mañana salgo a pasear» mediante una secuencia de artificios gráficos, todo lector aunque se trate de millones y millones de lectores deberá de estar en capacidad de interpretar exactamente «mañana salgo a pasear». Cuando la interpretación es tan solo medianamente aproximada, como cuando uno dice «mañana voy a pasear» o «mañana salgo», estamos frente a un fenómeno que podríamos denominar cuasiescrituras, que tampoco sería justo disociar en términos taxativos como algo totalmente distinto. De todas maneras, en este ensayo nos referimos siempre a la escritura propiamente dicha aunque sin discriminar si su basamento es ideográfico o fonético.

Se ha publicado muchos sobre los méritos de la escritura en el marco de las culturas humanas, por lo cual no sería prudente hacer una digresión en este tópico. Ya sabemos que la escritura expande la memoria humana hasta límites virtuales inabarcables. Nos permite atesorar con facilidad, vivencias y otros contenidos mentales de la humanidad de prácticamente todos los tiempos, lugares, lenguas y culturas. Asimismo, la escritura transforma y agiliza notablemente -tanto en sentido cualitativo como cuantitativo- nuestros procesos de pensamiento y raciocinio. Presenta además la ventaja adicional de hacer visible la palabra y de fijarla en un espacio de fácil acceso y manipulación para todos los humanos alfabetizados. Por muchísimas razones, una cultura gráfica es profundamente distinta de una ágrafa, en la medida en que la existencia y uso de la escritura significa una nueva dimensión simbólica y creativa que proyecta hacia el infinito la palabra hablada.

Sin embargo, es necesario insistir en que las culturas escritas y la cultura occidental contemporánea muy en especial has pretendido motivar y perpetuar una contradicción insalvable y hasta patológica entre oralidad y escritura. En el mundo moderno, lo oral y lo escrito no se conciben como dimensiones complementarias de la palabra humana. En nuestra difusa opinión pública mayoritaria, persiste la creencia de que lo escrito es intrínsecamente superior a lo hablado. Se concibe que expresar nuestras ideas por escrito es hacerlo de una

manera seria, formal, permanente e inalterable. Mientras tanto, se tiene la impresión de que hablar es solamente soltar una palabra tras otra, sin mayores consecuencias para nadie en la generalidad de las situaciones.

Aunque muchos sienten que no debería ser así, se da entre nosotros un proceso de devaluación de la palabra, que se manifiesta de múltiples maneras. Y lo que es más preocupante, tal minusvalía no precede únicamente a partir de la escritura, sino también de la oralidad secundaria, sobre todo de los medios de masas y muy especialmente de la televisión.

En nuestras urbes, las personas deambulan en un mundo de símbolos escritos de diversas formas, colores y tamaños, entre sonidos e imágenes de radio, cine y televisión, aparte de otros impactos luminosos y sonoros que nada tienen que ver con la palabra y son a veces francamente contaminantes: Aunque muchos creen también que la sobreabundancia de la letra y de la voz humana transmitida por los medios, origina una confusión contaminante que termina por desinformarnos en vez de informarnos, e incomunicar a la humanidad en lugar de comunicarla.

Por su propia naturaleza, tanto el texto escrito como el texto secundario generan mensajes sin respuesta posible, de carácter unidireccional, del emisor al receptor, pero no en sentido contrario. Ya se ha vuelto un lugar común quejarnos de que una persona que lee periódicos y ve televisión aunque no utilice los otros medios dispone de poco tiempo libre para estar con los suyos, compartir con los demás, conversar de una manera tranquila y relajada, sin sentir la presión del tiempo y del ajetreo de nuestro estilo de vida. La gente va aprendiendo a conversar en monosílabos, dar órdenes en forma cruda o con una cortesía estereotipada, utilizar tan solo el vocabulario indispensables para hacerse comprender, y en general a restringir su oralidad informal las necesidades impuestas por las circunstancias de nuestra cotidianidad.

De acuerdo con lo expuesto, la escritura -cuando se la introduce en forma agónica y competitiva- puede desplazar parcialmente, nunca del todo, ciertas manifestaciones de la oralidad. Vale decir que si bien el hombre se sigue comunicando oralmente con su prójimo a lo largo y ancho de las situaciones ordinarias de su vida cotidiana, otros dominios de la palabra hablada anteriormente vigentes suelen sufrir una merma y un decaimiento paulatinos o incluso rápidos. Así por ejemplo, la transmisión de conocimientos por vía oral se supedita a su circulación y difusión mediante libros y artículos de revistas o a través de periódicos al tratarse de su divulgación a un nivel más popular. Hay que reconocer que tal situación está cambiando gracias a la radio, a la televisión y al video, pero entonces estamos frente a una oralidad no primaria sino secundaria, igualmente es predominantemente secundario el discurso académico del profesor o del

conferencista, al dirigirse a un público cautivo y por estar impregnado de su estilo más propio de la escritura que de la oralidad.

Donde el predominio de lo escrito sobre lo oral no admite discusión alguna es en el terreno del lenguaje propiamente formal, en sus variantes oficiales, instituciones y otras análogas. ¿Quién aceptaría hoy en día una partida de nacimiento o una cédula de identidad oralmente enunciadas? ¿Cuál sería el valor real de las normas jurídicas puramente orales, aún en la tradición anglosajona en que el derecho consuetudinario ocupa un lugar privilegiado? En general basta un mínimo requisito de oficiosidad, permanencia en el tiempo u orientación hacia la vida pública, para que aparezca la obligatoriedad de transmitir por escrito cualquier mensaje de cierto alcance normativo o meramente informativo.

Semejantemente la narración oral -y la literatura oral en general- sufre un daño aparentemente irreparable en el medio urbano; tal es la preponderancia de la tecnología de la palabra impresa, bien sea en forma de libros o de otro tipo de publicaciones. Aquí también se impone hacer dos salvedades. Como en el caso anterior, en este dominio la oralidad secundaria ha vuelto por sus fueros, principalmente a través del medio televisivo. En estos últimos años la población actual -ante todo las nuevas generaciones- prefieren con creces ver las grandes o pequeñas obras de las distintas literaturas nacionales en la pantalla chica, para no tomarse la molestia de leerse los libros respectivos, sobre todo cuando los mismo son largos, difíciles o inasequibles.

La otra situación especial a la que toca referirnos es el resurgimiento de la oralidad primaria en el contexto de la modernidad, como una suerte de reacción tanto frente a la omnipotencia de la escritura como ante la fuerza invasora de la oralidad secundaria. Es verdad que nunca se extinguió del todo la especie de los grandes conversadores y narradores de chistes y anécdotas, aunque su potencial creativo fuese bastante reprimido. Mas ahora, en fechas muy recientes, la narración oral ha venido luchando por recuperar cada vez más el sitio que le corresponde. Ya se habla nuevamente de artistas y aficionados al arte de la narración, quienes organizan sus recitales y sus presentaciones ante públicos infantiles y adultos ávidos de retornar a las fuentes primarias de toda cultura humana. Vale la pena insistir también en que estos narradores no se presentan normalmente como artistas de la palabra en forma exclusiva. Le confieren una tremenda importancia al gesto, al movimiento del cuerpo, a la calidad y tono de la voz, y a la comunicación dialogante y espontánea con el público, por supuesto. No cesan de hablar sobre el parentesco que une su arte con el teatro, con la mímica, a veces con la danza y la música, ya que se dan quienes salpican su narración de canciones e interpretaciones musicales junto a coreografías propiamente dichas. De alguna manera estamos cerca de lo que los italianos del renacimiento denominan «Commedia dell' Arte».

Esta realidad nos obliga a regresar un poco a la polémica reciente de si

existe o no una «literatura oral» propiamente dicha. Es evidente que estos «narradores primarios» contemporáneos hacen de todo además de narrar son conscientes de ellos y de ninguna manera aceptarían que se restringieran su desempeño al dominio de la palabra. Más aún, si se les obligase a narrar en estado de inmovilidad y sin poder hacer gestos corporales e inflexiones vocales paralingüísticas, probablemente fracasarían o ni siquiera intentarían la actuación en esa situación precaria. Todo esto es un buen indicador del alto nivel de significación y pertenencia que poseen los recursos extralingüísticos en el caso señalado. Sin embargo, a fuerza de ser polémicos nos permitimos la afirmación de que el meollo de la narración oral y manifestaciones análogas -la improvisación poética, por ejemplo- es y continúa siendo la expresión verbal en versión oral primaria. Salvo que se trate de casos límites -tal como una representación mímica con una que otra elocución fragmentaria- el texto verbalizado domina el conjunto de tal manera que aun quitado los demás ingredientes, el residuo verbal seguirá siendo perfectamente coherente e inteligible, hasta sustitutivo del resto de alguna imaginación por parte del oyente: De ello nos da testimonio parcial de la narración, el discurso y el teatro radiales. Ahora bien, nuestra conceptualización inicial nos permite y autoriza llamar **literatura** cualquier composición textual de algún valor estético o semiótico que posea suficiente expresividad y coherencia interna, trátase de especímenes orales, escritos o representados por otras tecnologías de la palabra.

Tenemos que hacer referencia obligada al tópico del supuesto carácter anónimo de la oralidad, sobre todo si es primaria, frente al concepto de **autoría** que impregna la mayoría de los usos posibles de la escritura. Este es un tema de tratamiento incómodo pero inevitable en nuestros días dada la significación que ha adquirido el concepto de **derecho de autor**, las referencias con nombres y apellidos a los narradores y artistas populares, y por otros motivos inherentes a las contradicciones y complicaciones que se presentan en este orden de ideas. Solemos decir que el artista de la palabra en las sociedades ágrafas constituye esencialmente una figura anónima, es decir un individuo más del grupo humano al que pertenece. Esto no es tan verdadero si consideramos que los mejores narradores, poetas y otros «literatos» orales -aunque no estén «especializados» en tales menesteres- son personas bien conocidas y perfectamente identificables por cualquier miembro de su comunidad, lo que no equivale al anonimato. Hay que agregar que también en muchas culturas no occidentales los cuentos y canciones tienen dueño: no pueden ser interpretados por cualquier persona ni al libre arbitrio de cada quien, so pena de herir susceptibilidades o incurrir en faltas aún graves. De todas maneras, la norma prevalente en la mayoría de las culturas no es convertir la expresión oral en un asunto competitivo y personalizado. No hay que perder de vista que la memoria colectiva termina por olvidar los nombres de las personalidades más connotadas al cabo de algunas generaciones, a menos que se transformen en mitos, con lo que dejan de ser antes humanos normales.

Por otra parte los temas dominantes de cualquier literatura oral terminan por volverse patrimonio colectivo, por más que cada creador les dé un toque especial en el momento de aplicar su talento para convertirlos en una obra más personalizada.

Esta situación propia de los pueblos ágrafos se complica mucho en las sociedades dominadas por la escritura, y muy especialmente en la occidental. Es cierto que también en este tipo de sociedades se da la oralidad casi pura o primaria y parcialmente anónima. Pero se viene dando con intensidad creciente la tendencia a convertir las distintas ramas del desempeño oral en expresiones especializadas de carácter cercano a lo profesional. Los narradores contemporáneos que se esfuerzan por revivir a la estética de la oralidad primaria entre nosotros no pueden ser considerados como entes anónimos que simplemente hayan de escaparse a nuestra atención. Por el contrario, son creadores artísticos con el mismo derecho que cualquier otro. Como los músicos, pintores, poetas y todos los demás.

Lo que es más llamativo todavía es el hecho de que la formalización de la auditoría va recayendo igualmente en los creadores orales netamente populares e incluso en aquellos de los pueblos no occidentales que mantienen un contacto estrecho con la sociedad occidental envolvente. Así por ejemplo, ya estamos en condiciones de saber sin ambigüedad alguna quiénes son concretamente los mejores narradores y poetas populares en cada región y aun en cada aldea de un país determinado. Se ha vuelto incluso corriente copiar, grabar o filmar sus producciones, lo cual va substrayendo parcialmente del dominio de la oralidad primaria. Lo mismo se puede hacer con «artistas de la palabra» de otras sociedades como las aborígenes, por ejemplo, adonde acuden numerosos investigadores para apoderarse de su tesoro oculto.

En términos generales, la práctica normal ha sido que el investigador «occidental» recogiese la mayor cantidad de material posible para publicarlo luego bajo su propio nombre y refiriere a los verdaderos creadores como si se trata de meros informantes anónimos o semi-anónimos, sin trascendencia especial. Actualmente los integrantes de las sociedades ágrafas se revelan contra esta táctica discriminatoria, y pueden llegar al extremo de negar todo tipo de información, a menos que se les aclaren, desde un principio, las reglas del juego: Todos quieren ser, con pleno derecho, autores o coautores de las obras que elevan estampada su creatividad. También sucede que los mismo creadores indígenas publiquen sus obras, pasando así por cuenta propia del dominio de la oralidad al espacio conformado por la escritura.

Podría parecer que el afán justificado por perpetuar todas o la mayor parte

de las creaciones humanas de orden lingüístico por vía de la escritura y otras tecnologías sofisticadas de la palabra vaya poniendo fin lentamente a la oralidad primaria, al menos en su manifestación estética valorada. Además tal fenómeno parece estar ocurriendo con carácter planetario, mucho más allá del ámbito occidental. Para nosotros, el temor es explicable aunque no se trata de un hecho cumplido e irreversible. Podemos atrapar cierto número de creaciones orales para fijarlas en moldes definidos e inalterables. Pero el creador, el narrador, el poeta, sobrevive y sigue produciendo nuevas obras en forma oral, libre y espontánea. Capturamos solo el epifenómeno, no el fenómeno en sí. Encadenamos el trasunto de lo oral, no sus fuentes surtidoras. Teóricamente es posible de perpetuar su producto a través de algún mecanismo de fijación. Pero es difícil que suceda, y menos ahora cuando nos estamos volviendo conscientes de todas las implicaciones de la oralidad primaria, como alternativa expresiva importante frente a la escritura y a la misma oralidad secundaria.

Debemos más bien orientar nuestros esfuerzos a revalorizar plenamente la oralidad primaria a través de métodos conscientes que permitan localizar y reproducir sus fuentes tradicionales; así como crear y estimular la aparición de otras nuevas más conectadas con la modernidad.

De hecho, en las actuales manifestaciones culturales urbanas de carácter popular, están naciendo nuevos procesos de oralidad primaria relacionados con sus antecedentes pero irreductibles a la tradición propiamente dicha. Todo esto nos hace pensar que estamos llegando a un punto de nuestro devenir colectivo donde la diversidad de expresiones orales estéticamente marcadas convergen desde todos los tiempos y lugares, para convertirse en un patrimonio común de la humanidad. Hoy en día ya no nos extrañamos encontrar lado a lado versiones reproducidas de textos orales de las más diversas procedencias. Particularmente en el caso de los estudios especializados, estos pueden elegir entre, digamos, interpretar y analizar productos de la antigua oralidad céltica, germánica o eslava, materiales recolectados entre los indígenas de América de Sur o de Oceanía, obras recientes emanadas del campesinado contemporáneo de un país asiático, o anécdotas enunciadas en algún barrio de una ciudad de cualquier parte del mundo. Toda esta impresionante confluencia alcanza a dar a la oralidad unas dimensiones pancrónicas y pantópicas que plantean en forma ejemplar la unidad de la especie humana dentro de su diversidad inviolable. En muchas ocasiones hemos sostenido que la planetarización de nuestra post-modernidad nos permite un contacto privilegiado, aunque sea mayormente indirecto, con el hombre de todos los tiempos y lugares en su calidad de productor y consumidor de manifestaciones culturales.

En cuanto a las relaciones entre las formas primarias de la oralidad y las

otras tecnologías de la palabra, queremos insistir en nuestro planteamiento de buscar un acercamiento mayor entre las diversas formas en que hoy en día se manifiesta la palabra humana. Para esta afirmación nos basamos en la presencia de ciertas patologías del lenguaje en buena medida causadas por el distanciamiento cada vez mayor respecto del lenguaje oral apropiadamente dicho. Hay una literatura semántica sobre todo aquella dirigida hacia la semántica general cuyos autores más connotados son Korzybski, Hayakawa, Stewart Chase, Anatoli Rapoport que se refiere a desviaciones de la pobreza expresiva y léxica. Por ejemplo, oraciones de la factura de «vivimos en democracia» o «somos partidarios del progreso» han terminado por no significar nada en la mayoría de los contextos. O cuando se afirma que «Venezuela concedió asilo a un político panameño», ¿Cuántos venezolanos están realmente metidos en esa transacción diplomática?

No vamos a sostener que el hombre de las culturas ágrafas construya su discurso con perfección absoluta. Pero ha sido nuestra experiencia de campo, considerablemente reforzada por la literatura antropolingüística, observar un sano y bien medido desarrollo retórico en el uso lingüístico de las personas investigadas desde este punto de vista. La precisión conceptual, el balance de las frases, la fluidez y seguridad articulatoria, la concordancia entre el fondo y la forma de lo verbalizado; incluso cierto placer estético en el acto elocutivo, una pureza del lenguaje sin ninguna afectación, son algunas de las características frecuentemente observadas entre hablantes no expuestos a la escritura ni a formas de oralidad secundaria.

Evocamos a este respecto algunos testimonios recogidos al vuelo, más no por ello menos incisivos. Un indio iroqués de Estados Unidos nos comentó una vez que en su lengua las cosas se decían claras y precisas, sin tantos rodeos ni artificiosidades que al fin y al cabo desvirtúan el sentido de la palabra. De igual modo opinó una intelectual paraguaya, quien decía que en guaraní se podía hablar sin rodeos y dando el nombre preciso a cada objeto. Sobre el idioma malayo leímos en una gramática que su forma de expresión es «tersa y directa». Los campesinos de todos los países se burlan de la gente de la ciudad, porque ésta a su juicio, se expresa mal, no sabía hablar de una cantidad de vueltas y vericuetos para simplemente no decir nada, o tal vez con la intención de no decir nada. Sería fácil multiplicar los ejemplos.

Tampoco es un secreto la falta en el hombre urbano de un vocabulario adecuado para designar los objetos que le rodean, sobre todo cuando se trata de seres existentes en la naturaleza. Además, este tipo de persona presenta con frecuencia tendencias esquivoideas como producto de la inseguridad de su pragmática del lenguaje oral: a menudo no sabe de qué hablar, ni encuentra cuándo y cómo hacerlo, ni se siente cómodo respecto del despliegue de sus recursos

lingüísticos ante cualquier situación. A veces habla por hablar o para ganar tiempo. En otros momentos no quiere abrir la boca cuando es preciso hacerlo. Toda esta serie de percances tiene mucho que ver con la pérdida paulatina de la oralidad originaria. Aparentemente -según el testimonio de las culturas ágrafas- ésta condicaba flexible pero adecuadamente tanto las situaciones extralingüísticas que exigían verbalización como los recursos lingüísticos para enfrentar dichas situaciones. Asumía hasta el modo de dirigirse a cada interlocutor en el momento más adecuado e incluso en la forma más cortés y «diplomática», si cabe utilizar tal palabra. Todo esto constituía una práctica lingüística que no admitía titubeos, le permitía al ser humano desenvolverse con plena naturalidad, y convertía el uso de la lengua nativa en un verdadero placer estético administrado con criterios de una optimización armónica de todos los factores culturalmente presentes.

De este ensayo se desprende que la oralidad primaria «pura» está por desaparecer en todos los rincones del mundo. Tendrá que ser así, ya que los analfabetos se analfabetizarán, y ya de hecho están expuestos a múltiples formas de oralidad secundaria que en cierto modo reproducen el lenguaje escrito: Mensajes radiales, discursos de líderes políticos, el mismo modo de hablar de la gente escolarizada. Pero en materia de cultura es conveniente que seamos puristas, ya que una actitud tan cerrada sólo nos llevaría a interminables añoranzas nostálgicas y sentimientos difusos de culpabilidad colectiva. Es verdad que la oralidad pura está por concluir su ciclo histórico, pero de modo alguno la oralidad como tal. Esta siempre existirá y persistirá mientras dure la especie humana, salvo que sea robotizada mediante artificios hipertecnológicos. En circunstancias medianamente normales, el desempeño verbal del ser humano estará siempre relativamente cerca de lo que hemos dado en llamar «oralidad primaria»

Todavía estamos a tiempo para corregir las graves deficiencias y trastornos lingüísticos y expresivos de la humanidad contemporánea tan hábilmente denunciados por los semánticos generales, algunos filósofos, escritores y otros sectores sensibilizados por el problema: se hace cada día más patente que es necesario acercar y hacer converger hasta donde sea posible la palabra oral con la palabra escrita, sin que ello implique extirpar su diferenciación legítima y plenamente justificable. Piénsese, por ejemplo, en lo irreal de cualquier intento de reconducir a la oralidad un tratado de cierto nivel sobre física, matemática, lógica simbólica o de la misma lingüística. Lo oral y lo escrito serán siempre diferentes, lo cual no significa que permanezca irreductiblemente opuestos e incommunicados. Asimismo, vale la pena explorar todas las posibilidades para lograr cierta confluencia -no indiscriminada, por supuesto- entre la oralidad primaria y la secundaria. Ello es perfectamente viable, puesto que es fácil demostrar que ambas oralidades están recíprocamente contaminadas. Sólo por vía de ejemplo, aducimos que algunos escritores han optado por grabar directamente sus novelas para retocarlas después,

en lugar de emplear el sistema -si se quiere más tradicional y ortodoxo- de escribir desde el principio hasta el fin. Existe también una extensa actividad editora de discos y cassettes sobre infinidad de temas tales como literatura, biología, historia, y muchísimos otros, aparte de los ya conocidos cursos audiovisuales de idiomas. Experiencias como estas podrán contribuir mucho a disminuir la distancia entre la palabra «natural» y las palabras «tecnologizadas». Ni que decir tiene que los aportes de la oralidad primaria suelen redundar en una mayor tersura, vitalidad, espontaneidad y calor humano para cualquier tipo de texto o discurso. Los últimos tres siglos han difundido quizá hasta la saciedad todas las grandes ventajas y perfecciones del habla tecnológicamente modificada. Ya es tiempo de volver un poco a las fuentes primigenias del lenguaje, antes de que sea definitivamente tarde. Cierta «reoralización» del lenguaje puede ser incluso necesaria para estimular una mayor libertad creativa en las personas no pertenecientes a las grandes élites intelectuales, quienes se intimidan ante las exigencias que plantea el lenguaje escrito contemporáneo, con toda su pesadez abrumadora y regulación bizantina. Estos seres tendrán que comprender, mediante una ejemplificación idónea, que escribir o hablar en público no es el en fondo más que canalizar su actuación oral normal, con algunos rasgos particulares y en gran parte convencionales. Así perderán el miedo a emplear su capacidad lingüística en todos los sentidos posibles, sin las autorrestricciones a las que se someten ahora. Una dicotomía exagerada entre lo oral primario y el resto de las tecnologías del lenguaje es una perversión intelectual que no es posible tolerar por más tiempo.

Recordamos una especie de mito -sustentado quizá sobre un fondo verdadero- según el cual los jefes del imperio incaico no quisieron difundir el conocimiento de la escritura, aun cuando ya poseían un sistema propio para lograrla sin dificultades. Albergaron el temor -no del todo injustificado- de que el uso social de la escritura crearía entre los hombres una discriminación jerárquica de magnitud insoportable y causaría un conjunto infinito de problemas adicionales sin solución posible.

Nada más lejos de nosotros que defender esta posición absolutamente reaccionaria, a pesar de todas las buenas intenciones. Pero es igualmente cierto que escritura y oralidad no se han relacionado de la mejor manera en ninguna de las sociedades conocidas. Comprender esto en la única manera de buscarle un correctivo, ya en los umbrales del siglo XXI.

Conclusiones de Orden Práctico

Por diversas razones sobre las cuales no cabe ahondar en el presente ensayo, siempre hemos pensado que todo estudio debe estar orientado en lo posible hacia planteamientos y soluciones de orden práctico. No se trata de un afán de

pragmatismo o de un purito de aplicar cualquier tipo de conocimiento a la realidad. Es más bien la urgencia que nos suscita la misma coyuntura histórica actual en las postrimerías del siglo XX. Ya no es un secreto que muchos y profundos valores de la humanidad estén distorsionándose o desapareciendo sin dejar casi rastro. Y la mayoría de estas situaciones tiene que ver con el famoso modelo de desarrollo contemporáneo que no suele admitir vertientes creativas externas a su propio provenir: Si siguiésemos su racionalidad hasta las últimas consecuencias, pronto nos quedaríamos sin aire respirable, sin agua, sin plantas, ni animales, sin manifestaciones culturales no inscritas en la objetividad instrumental; y a mediano plazo se acabarían posiblemente los seres humanos ante el desencadenamiento de múltiples problemas sin solución posible dentro de ese modelo.

No es difícil adivinar que la oralidad -sobre todo la tradicional o vinculada parcialmente a cierta tradición- estaba entre los candidatos llamados a desaparecer inexorablemente ante lo que deberíamos llamar la «barbarie de la modernidad». Decimos «estaba destinado» en tiempo pretérito imperfecto, ya que estábamos convencidos de que las perspectivas de los últimos años quizá no sean tan negativas y amenazantes como desde los principios de este siglo hasta bien entrados los años 60. Sería prematuro juzgar que lo peor ya pasó. Mas también es verdad que últimamente se han dado aperturas importantes en cuanto a la búsqueda de otras alternativas y opciones no tan vinculadas a las concepciones del industrialismo ortodoxo. Hoy en día la oralidad -como tantos otros fenómenos otrora condenados a desaparecer- tiene muchos dolientes. En el cuerpo del trabajo se percibe implícita y explícitamente la búsqueda de mecanismos para reafirmar lo oral en sus diversas orientaciones y manifestaciones. Para generalizar, podríamos afirmar -si bien algo de reiteración necesario en este caso- que el mundo actual está transitado por una vía que conduce de la modernidad hacia una oscura y difusa post-modernidad. Los contornos de esta nueva era aún no se captan con claridad, pero seguramente habrá algo diferente de la época actual: tendrá que ser diferente si queremos que el mundo sobreviva con la mejor cantidad de daños imaginables.

De esto se desprende que la oralidad está todavía en grave peligro. Se necesita de la acción mancomunada de muchos sectores para detener o minimizar las fuertes tendencias que aún llevan a su posible destrucción. Las recomendaciones que daremos en seguida no constituyen ninguna panacea ni representan soluciones rígidas e inevitables. A estas alturas, lo más conveniente parece ser la puesta en práctica de una serie de proposiciones suficientemente amplias y viables que dan cuenta de la problemática aquí presentada y de sus derivaciones más conspicuas.

1. En primer término es imprescindible defender y revalorizar las lenguas

actualmente oprimidas y marginadas del contexto sociocultural internacional. Es incluso necesario y cada vez más expedito plantear la revitalización de los propios idiomas semi-extintos. Si esto no se hace, se perderían irremisiblemente las raíces de la oralidad más incontaminada en la mayor parte del planeta. No hay que olvidar que en términos globales cada lengua o variedad dialectal bien diferenciada representa una cultura autónoma, con su oralidad igualmente intranferible. Aun cuando también estas lenguas están comenzando a escribirse, falta todavía un largo trecho para que la escritura amenace con inhibir su carácter predominantemente oral en muchísimos casos. Es de absoluta prioridad utilizar una metodología de investigación acción para descubrir, escudriñar, sistematizar y reforzar creativamente el acervo oral de todos los pueblos involucrados en esta situación. Afortunadamente ello se está haciendo, pero debe imprimirse un ritmo mucho más acelerado a los trabajos interdisciplinarios encaminados hacia objetivos de esta índole.

2. Es inaplazable estimular el desenvolvimiento de la oralidad tanto tradicional como de carácter más innovador, en el seno de las sociedades provistas de escritura. Para esto se ofrecen multitud de metodologías, tanto de apoyo directo e indirecto como la actuación conscientemente profesional de las personas con vocación para ejercitar un arte oral, ya sea la poesía, la oratoria, la narración, e inclusive formas mixtas entre el teatro, la pantomima, la danza y la música. Algo de eso se está adelantando, pero es mucho más lo que se puede lograr por la vía de la estimulación sistemática y la provisión de recursos materiales.

Es también relativamente fácil acercarse a los artistas orales tradicionales de filiación campesina e insertos en diferentes zonas rurales y a veces semiurbanas.

Así se proporcionaría el mantenimiento de su actividad artística, publicación de una parte de sus obras, su involucramiento en el medio televisivo y audiovisual. Pueden diseñarse múltiples mecanismos tendientes a perpetuar este tipo de oralidad, aunque sea en formas ligeramente modificadas como tiene que suceder con toda creación humana a través del tiempo. Ya, de entrada, muchos países respetan, promueven y remuneran sus artistas populares como depositarios de buena parte de su patrimonio cultural y de su identidad nacional.

3. Se impone replantear de una manera creativa y socialmente innovadora las relaciones entre las distintas formas de oralidad y el

conjunto del panorama cultural de los diversos países del mundo. En tal sentido, se hace cada vez más urgente potenciar adecuadamente el arte oral en todas sus manifestaciones a través de los medios de comunicación, especialmente por la vía radial y televisiva. Esto nos lleva, naturalmente, a un campo escabroso, como el del uso y abuso de los medios de masas a escala mundial.

No hace falta abundar en detalles sobre las polémicas que ha habido en torno a la monopolización y organización en los medios, tanto por parte de los estados como por la empresa privada. Es igualmente conocido el grado de comercialización y deterioro cualitativo, producto de una excesiva privatización en la cual él económicamente más fuerte hace lo que le da la gana. Hoy en día los planteamientos críticos orientados hacia un nuevo orden comunicativo mundial han perdido fuerza, debido a las derrotas y reveses sufridos por los opositores del **status quo**. No es intención nuestra suministrar nuevas recetas, sino llamar la atención sobre el hecho de que en medio de todas las limitaciones y distorsiones actuales es perfectamente posible hacer mucho más que seguir esperando cruzados de brazos. Hay múltiples maneras de lograr un mayor acceso a las televisoras oficiales y privadas o a cualesquiera otros medios de comunicación masiva. Tampoco es imposible poner en funcionamiento estaciones radiales y televisivas encargadas únicamente de transmitir programas de cultura popular y similares. Hace falta una presión orgánica y organizada por parte de los sectores identificados con esta causa, para ejercitar su iniciativa.

Incluso las minorías étnicas pueden exigir para sus expresiones particulares espacios crecientes en magnitud de importancia. En muchos países lo ha logrado en buena parte, como es el caso obvio de España, con sus canales que transmiten en catalán, gallego, vascuence, o en Yugoslavia donde es difícil saber cuál nacionalidad constituye la mayoría y cuáles son minoritarias; o en la Unión Soviética, en la cual es el primer gran estado multinacional reconocido como tal.

En lo que concierne a la oralidad artística, es cierto que aún se tiene que luchar con una fuerte resistencia seudo-academicista para hacer valer sus derechos a la difusión y a la libre expansión creativa. Pero es igualmente verídico que ha existido mucha negligencia, dispersión, desidia y timidez por parte de sus propios cultores para mejorar la situación que persiste por inercia y por falta de iniciativa, además del sabotaje consciente y la oposición declarada. Hay que considerar en este mismo contexto otro problema también bastante delicado. Las manifestaciones orales llevadas a los medios de comunicación se convierten inevitablemente en oralidad secundaria, y se hacen objetos de distorsiones, alteraciones y mutilaciones aún más graves. Con suma frecuencia, cuando se lleva un mito por ejemplo a la televisión, es muy poco lo que queda en pie de la creación original, si bien existen en principio miles de recursos para impedir un falseamiento excesivo.

También hemos dicho que la oralidad primaria no está necesariamente reñida con la secundaria; pueden y deben ser incluso complementarios. Pero para que ellos suceda es imprescindible que surja y se fortalezca un estado de conciencia colectiva que aprecie debidamente este tipo de creaciones.

Algo análogo cabe afirmar acerca de la inevitable convertibilidad del discurso oral en discurso escrito, al menos en numerosísimos contextos socioculturales como es todo el proceso educativo y la actividad preservadora y vitalizadora de muchos valores culturales hasta ahora enteramente soslayados. Ahora bien, está clarísimo que la escritura está distorsionada mucho más que la oralidad secundaria. Aunque haya cierta fidelidad en el texto, desaparece la elocución, los rasgos paralingüísticos y gestuales, las técnicas del cuerpo y todas las realizaciones estéticas concomitantes como puede ser la música, la danza o las artes plásticas. Hay ciertas técnicas gráficas subsidiarias para anotar también tales concomitancias, pero son de uso muy difícil y delicado. Aún cabe mucha experimentación en ese terreno.

Las organizaciones internacionales tienen un papel muy importante que cumplir como ya lo vienen haciendo en todos estos esfuerzos por situar la creación oral en el escaño cultural que le corresponde por derecho. Ya es tiempo de recordar que todas las lenguas humanas nacieron por esa vía, han arribado a su madurez y has desplegado sus recursos analíticos, significativos y expresivos antes de que apareciese cualquier tecnología alterna a la voz humana articulada.

Bibliografía Básica

HAYACAWA; ST (editor). **Language, Meaning and Maturity**. Haper and Row, Publishers, New York, 1953.

HYMES, Dell (editor). **Language in Culture and Society**. Haper and Row, Publish, New York 1964.

MATO, Daniel, **Narradores en Acción, Problemas Epistemológicos, Consideraciones, Teóricas y Observaciones de Campo**. Tesis de Doctorado UCV. 1989.

ONG, Walter J. **Oralidad y Escritura: Tecnologías de la Palabra**. Fondo de Cultura Económica, México. 1987.